



bon tuvieron noticia de la tregua, se enfurecieron, prorumpieron en amenazas y pidieron el cumplimiento de las promesas en que se habían fiado: aun su general apenas podía contenerlos, y todos los habitantes de Roma vieron claramente que no quedaba ya otro partido que prepararse á los efectos de la tempestad, que no era ya posible conjurar. Clemente solo, contando siempre con algunas protestas equívocas y engañosas que hacia Borbon de su inclinacion á la paz, recayó en su primera seguridad.

Borbon, por su parte, no estaba sin cuidado. Hasta aquí se habian malogrado todas sus tentativas sobre plazas de alguna importancia, y Florencia, á quien habia amenazado algun tiempo, se encontraba por la llegada de las tropas del duque de Urbino en estado de despreciar un ataque. Fué preciso entónces mudar necesariamente de camino y tomar al instante una resolucion nueva: se detuvo sin vacilar en un partido que era tan osado como pareció impio á sus coetáneos: era atacar á Roma y entregarla al pillaje. Tenia efectivamente muchas razones para determinarse á ello. Procuraba frustrar á Lannoy su designio de poner esta ciudad en seguridad; se imaginó que el emperador quedaria muy satisfecho de ver humillar á Clemente, primer autor de la liga que se habia formado contra él; se lisonjeaba de que contentando la codicia de sus soldados con el inmenso botin de esta capital, los adheriria para siempre á sus intereses, ó, lo que es más verosímil todavía, esperó que el poder y gloria que le prometia la toma de la primera ciudad de la cristiandad le facilitarian echar los cimientos á un Estado independiente, y que despues de haber roto toda conexión con el emperador, podria poseer en su nombre sólo á Nápoles ó á algun otro Estado de Italia.

Cualesquiera que fuesen sus motivos, planificó su proyecto con una celeridad igual á la audacia con que lo habia concebido. Sus soldados, que tenian su presa á la vista, no se quejaban ya ni de sus fatigas, ni del hambre, ni de la falta de estipendio. Cuando el papa los vió adelantarse de la Toscana hácia Roma, conoció la frivolidad de las esperanzas con que se habia entretenido, y se despertó repentina-

mente de su letargo; mas era demasiado tarde. Un pontífice aún atrevido y pronto á decidirse, no habria tenido ya bastante tiempo para tomar medidas eficaces y formar con buen suceso un plan de defensa. Bajo del flojo gobierno de Clemente, todo fué consternacion, desorden é irresolucion. Juntó, sin embargo, sus soldados licenciados, que habian quedado en Roma; armó á los artesanos y criados de los cardenales; mandó reparar las brechas de las murallas; principió nuevas fortificaciones; excomulgó á Borbon y á sus soldados injuriando á los alemanes con el nombre de luteranos, y á los españoles con el de moros. Descansando así sobre estos preparativos imperfectos y sobre el terror de sus armas espirituales, que despreciaban aún más unos soldados hambrientos de botin, pareció perder su timidez genial, y resolvió, contra el parecer de su consejo, aguardar la venida de un enemigo, que habria podido evitar fácilmente si hubiera querido retirarse con tiempo.

Borbon, que vió la necesidad de no perder ni un instante, puesto que se habian traslucido sus intenciones, marchó con tanta rapidez que se adelantó en muchas jornadas al ejército del duque de Urbino, y fué á acampar en las llanuras de Roma hácia el anochecer del 5 de Mayo. Desde allí mostró á sus soldados los palacios y las iglesias de esta capital de la república cristiana, adonde las riquezas de toda la Europa habian ido á enterrarse por espacio de tantos siglos, sin haber sido jamás decentadas por ninguna mano enemiga; les exhortó á descansar algó por la noche, para prepararse á dar el asalto al dia siguiente, y les prometió por precio de su valor y de sus trabajos la posesion de todos los tesoros que estaban juntos en Roma.

Borbon, resuelto á hacer este dia memorable, ó por el triunfo de su empresa, ó por su muerte, apareció desde por la mañana al frente de sus tropas, armado de piés á cabeza y llevando encima de su armadura un vestido blanco, para ser mejor visto de sus amigos y enemigos; y como todo dependia del vigor del ataque, llevó sin demora á sus soldados á escalar las murallas. Sacó de las tres naciones, de que



constaba su ejército, tres cuerpos separados, uno de alemanes, otro de españoles, y el tercero de italianos; se encargó á cada uno de ellos diferente ataque, y el cuerpo del ejército avanzó para sostenerlos segun las circunstancias. Una espesa niebla ocultó su aproximacion hasta que casi tocaron al borde del foso, que circundaba á los arrabales. Plantaron las escalas en un instante, y cada destacamento subió al asalto con una impetuosidad que animaba todavía la emulacion nacional. Fueron recibidos al punto con un brío igual al suyo; las guardias suizas del papa y los soldados veteranos, que habia juntado, pelearon con una valentia digna de guerreros á quienes estaba confiada la defensa de la más famosa ciudad del mundo. Las tropas de Borbon, á pesar de todo su aliento, no ganaban terreno, y aun comenzaban á perderlo. Borbon, conociendo que este momento crítico iba á decidir de la victoria de la funcion, se precipita de su caoallo, corre á la cabeza de los asaltadores, y arrancando una escala de las manos de un soldado, la planta en el muro, y comienza á subir por él, alentando con la voz y con el ademán á sus tropas á seguirle. Mas al instante un mosqueazo disparado de las murallas le atravesó los riñones. Sintió inmediatamente que la herida era mortal; pero conservó bastante presencia de espíritu para recomendar á los que se hallaban inmediatos que cubrieran su cuerpo con una capa, á fin de que su muerte no hiciera desmayar á sus tropas: expiró algunos instantes despues con un denuedo digno de mejor causa, y que habria cubierto su nombre de la mayor gloria, si hubiera perecido así defendiendo á su país, y no al frente de los enemigos de su patria.

Fué imposible ocultar por largo tiempo este funesto evento; los soldados advirtieron bien pronto la ausencia de su general, que estaban acostumbrados á ver por todas partes donde habia peligro; pero esta pérdida léjos de abatirlos, trocó su brío en furor.

El apellido de Borbon resonaba en todas las filas con los gritos de *sangre* y de *venganza*. Los soldados veteranos que defendian las murallas fueron agoviados por el número; los re-

clutas nuevos de la ciudad volvieron las espaldas á la vista del peligro, y el enemigo entró por Roma con ímpetu irresistible.

Durante el combate, Clemente estaba al pié del altar de San Pedro dirigiendo al cielo peticiones por la victoria. Luego que supo que sus tropas comenzaban á ceder, se huyó precipitadamente, y por una ceguedad más prodigiosa todavía que sus yerros precedentes, en vez de evadirse por la puerta opuesta, en donde no tenia que temer el encuentro del enemigo, fué á encerrarse con trece cardenales, los embajadores de las córtes extranjeras y muchos personajes de distincion en el mismo castillo de San Angelo, á quien su última desgracia deberia haberle hecho mirar como un asilo poco seguro. Mientras que iba del Vaticano á esta fortaleza, vió á sus soldados fugitivos delante de un enemigo que los perseguia sin darles cuartel: oyó los alaridos y sollozos de los ciudadanos, y presenció cometer los males que su imprudencia y credulidad habian acarreado á sus súbditos.

Es imposible describir ni aun imaginar el desastre y horrores que siguieron á este acaecimiento. Todo lo que una ciudad tomada por asalto puede temer de la rabia de una soldadesca desenfrenada; todos los excesos á que pudieron precipitarse la ferocidad de los alemanes, la avaricia de los españoles, la licencia de los italianos, sufrieron los infelices romanos. Iglesias, palacios, casas particulares, todo fué saqueado sin distincion: ni la edad, ni el sexo, ni la calidad no libró de los más crueles ultrajes. Cardenales, sacerdotes, nobles, mujeres, doncellas, todo fué entregado á la merced de vencedores bárbaros, sordos á la voz de la humanidad. Ni aun cesaron estas violencias, como sucede de ordinario en las ciudades tomadas por asalto, cuando se harta el primer furor del soldado. Los imperiales permanecieron en Roma por muchos meses, y durante ellos la insolencia y brutalidad del soldado casi no pararon. El botin que hicieron solamente en moneda acuñada, subia á un millon de ducados; y lo que sacaron de los rescates y de sus exacciones fué aún mucho más cuantioso. Roma habia sido ganada con las armas muchas



veces por los pueblos del Norte, que echaron por tierra el imperio en los siglos V y VI; mas los pueblos paganos y bárbaros, los Hunnos, los Vándalos, los Godos, jamás la habian tratado con tanta crueldad como lo hicieron entonces los súbditos devotos de un monarca católico.

Por la muerte de Borbon, el mando del ejército imperial pasó á Filiberto de Chalons, príncipe de Orange, á quien costó mucho arrancar del pillaje bastantes soldados para embestir al castillo de San Angelo.

Clemente conoció al instante el yerro que habia cometido en retirarse á un fuerte tan mal provisto y tan poco en estado de defensa; mas viendo que los imperiales, despreciando toda disciplina y no ocupándose sino en saquear, adelantaban el sitio con lentitud, no desesperó de defenderse bastante tiempo, para que el duque de Urbino pudiera venir á su socorro. Este general se avanzaba al frente de un ejército compuesto de venecianos, florentinos y suizos, asalariados por la Francia; y este ejército era bastante fuerte para libertar á Clemente del peligro en que se encontraba; mas el duque de Urbino prefirió el gusto de satisfacer su rencor contra la familia de los Médicis, á la gloria de salvar á la capital de la cristiandad y á la cabeza de la Iglesia; pretendió que la empresa era demasiado arriesgada, y se retiró con precipitacion por un refinamiento de venganza, despues de haber avanzado bastante cerca para ser visto de los terraplenes del castillo y para dar al papa la esperanza de un socorro próximo. Clemente, privado de todo recurso y reducido por el hambre á alimentarse de carne de asno, se vió obligado á capitular y á suscribir á las condiciones que agradó á los vencedores imponerle. Se sometió á pagar 400.000 ducados al ejército, á entregar al emperador todas las plazas fuertes que poseia la Iglesia, y áun dando rehenes, á quedar prisionero hasta que cumpliera los principales artículos del tratado. El papa fué puesto bajo de la custodia de Alarcon, que se habia dado bien á conocer por un hombre propio para este empleo por su vigilancia severa en guardar á Francisco I. Así, por una casualidad singular,

este oficial tuvo la guardia de los dos más ilustres personajes que se hicieron prisioneros en Europa en muchos siglos.

La nueva de este suceso tan extraordinario é inesperado causó al emperador tanta sorpresa como alegría; mas disimuló sus pasiones á sus súbditos, á quienes las victorias y crímenes de sus compatriotas horrorizaban; y para mitigar la indignacion que toda la Europa experimentaba por ello, declaró que no tenía ninguna parte en el saqueo de Roma, atacada sin su orden. Escribió á todos los príncipes sus aliados, participándoles que no habia tenido ningun conocimiento de las intenciones de Borbon; se vistió de luto é hizo tomarlo á toda su corte; suspendió los regocijos que habia ordenado por el nacimiento de su hijo Felipe, y por una hipocresía que á nadie engañó, prescribió rogativas y procesiones en toda España para alcanzar la libertad del papa, libertad que podia mandar restituírle sin pérdida de tiempo por una orden expedida á sus generales.

La fortuna favorecia al mismo tiempo á la casa de Austria en varias regiones de Europa. Soliman habia entrado por Hungría con un ejército de 300.000 combatientes. Luis II, rey de Hungría y de Bohemia, príncipe indolente é inexperto, tuvo la temeridad de ir á su encuentro con un cuerpo de tropas que no excedia de 20.000 hombres.

Por una falta todavía más imperdonable, dió su mando á Pablo Tomorri, fraile franciscano, arzobispo de Golocza. Este extraño general, vestido con su sayal y ceñido con el cordón de su orden, marchaba al frente del ejército: arrastrado por su propia presuncion, tanto como por la impetuosidad de una nobleza que temia ménos el peligro que un servicio largo y penoso, presentó la funesta batalla de Mohacz, en la que el rey, la flor de la nobleza y más de 20.000 hombres, perecieron víctimas de la necedad é impericia de un fraile. Soliman, despues de la victoria, se apoderó y posesionó de las más fuertes plazas de las provincias meridionales de Hungría; y talando todo lo demas del país, llevó consigo mas de 20.000 prisioneros esclavos. Como Luis era el último vástago de la familia real de los Jagelones, el



archiduque Federico pretendió tener derecho á entrambas coronas. Hacia valer dos títulos: el uno apoyado en las antiguas pretensiones de la casa de Austria á estos dos reinos; el otro fundado en los derechos de su mujer hermana única del rey que acababa de morir. Sin embargo, las leyes feudales reinaban con tanto vigor en Hungría y en Bohemia, y la nobleza gozaba allá poder tan amplio, que las dos coronas eran aún electivas, y no se hubiera tenido ningun miramiento á las pretensiones de Fernando, á no haber estado sostenidas por fuerzas respetables. Mas su mérito personal, el respeto debido al hermano del mayor monarca de la cristiandad, la necesidad de elegir un príncipe que pudiera por sí mismo añadir nuevas fuerzas á las de sus súbditos para protegerlos contra las armas otomanas, á quienes sus últimas victorias habian hecho temibles á la Hungría; en fin, las intrigas de su hermana, viuda del difunto rey, sobrepujaron á la prevencion que los húngaros habian concebido contra el archiduque como extranjero; y á pesar de una parcialidad considerable que habia dado su voto al vaivoda de Transilvania, Fernando quedó pacífico poseedor de esta corona. Los estados de Bohemia siguieron el ejemplo de Hungría; mas para conservar y asegurar sus privilegios, obligaron á Fernando á firmar antes de su coronacion una acta, que ellos llamaron *reversal*, y por la cual declaraba que esta corona le habia sido devoluta, no por ningun derecho anterior, sino por la eleccion libre y voluntaria de la nacion. La reunion de estos Estados diversos, cuyo dominio hereditario se aseguraron despues los príncipes de la casa de Austria, fué el origen y principio de aquella superioridad de poder que los hizo despues tan formidables al resto de Alemania.

Las disensiones que dividian al papa y al emperador, favorecieron en extremo al adelantamiento del luteranismo. Carlos, irritado de los procederes de Clemente, y sólo ocupado en defenderse contra la liga formada por este papa, no tenía ni voluntad ni lugar de tomar medidas para ahogar las nuevas opiniones que se acreditaban en Alemania. En una dieta del imperio, reunida en Spira, se examinó el esta-

do presente de la religion; todo lo que el emperador exigió en ella de los príncipes se redujo á aguardar con paciencia, y sin fomentar á los novadores, la convocacion del concilio general que habia pedido al papa.

Los miembros de la dieta convinieron en que esta convocacion era el partido más adecuado y regular que se pudiera tomar para conseguir la reforma de los abusos de la Iglesia; pero defendian que un concilio nacional celebrado en Alemania surtiría más efecto que el general propuesto por el emperador. En cuanto á la advertencia que les hacia de no favorecer á los novadores, la apreciaron tan poco, que áun durante la dieta de Spira los teólogos, que habian seguido al elector de Sajonia y al landgrave de Hesse-Casel, predicaban públicamente y administraban los sacramentos segun los ritos de la religion reformada. Hasta el ejemplo del emperador alentó á los alemanes á tratar con poco respeto á la autoridad de los papas. En el calor de su resentimiento contra Clemente publicó una larga respuesta al breve lleno de hiel que el papa habia compuesto en apologia de su conducta. El emperador comenzaba su manifiesto por una numeracion circunstanciada de diferentes acciones de ingratitud, de ambicion y de mala fe de este pontífice; las pintaba con los colores más vivos y cargados, y acababa apelando de su autoridad á un concilio general. Escribió al mismo tiempo al colegio de cardenales, quejándose de la injusticia y parcialidad de Clemente, y exhortándolos, en caso de que el papa rehusara ó difiriera la convocacion de un concilio, á mostrar el interés que tomaban en la paz de la Iglesia cristiana, tan vergonzosamente abandonada por su primer pastor, convocando ellos mismos el concilio en su nombre. Se circuló con cuidado por toda Alemania el manifiesto del emperador, que no reconocia ventaja á los escritos de Lutero por la vehemencia y amargura del estilo; las personas de toda calidad lo leyeron con ansia, y la impresion que produjo destruyó fácilmente el efecto de las protestas que Carlos habia hecho anteriormente contra la nueva doctrina.